



Global express

La actualidad en el aula

La democracia más allá de las urnas



Cada cuatro años, la ciudadanía es convocada a elegir a quienes harán las leyes y gobernarán en su nombre. La democracia, sin embargo, no se reduce a votar: es una forma de convivir y organizarse que expresa y posibilita la dignidad de los seres humanos.

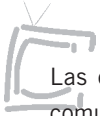
Global Express ofrece elementos para analizar el estado actual de la democracia y algunas propuestas para responder al principal reto que hoy se le plantea: construir una ciudadanía participativa y libre.



- Las elecciones, una forma de participación política
- La ciudadanía, un concepto en evolución
- Una ciudad como un mundo
- De consumidores a ciudadanos
- Obstáculos para la democracia y la participación
- La ciudadanía se aprende

Las elecciones, una forma de participación política

Las elecciones, una forma de participación política



Las elecciones suelen ser presentadas por los medios de comunicación como "la fiesta de la democracia", y votar como la ceremonia que significa y escenifica la participación política. Es la forma en que elegimos a quienes, en nuestro nombre, harán las leyes y gobernarán, lo que las convierte en un acontecimiento de gran trascendencia.

En la campaña previa, los partidos exponen sus programas. Es exigible que lo hagan de manera clara y veraz, como quien informa; no como quien intenta vender un producto: no es legítimo confundir la participación política con la propaganda. La responsabilidad de informarse, no obstante, corresponde a los ciudadanos y ciudadanas, que no pueden conformarse con eslóganes y proclamas. A su vez, es una ocasión –no la única– apropiada de hacer llegar a los candidatos sus opiniones y

demandas. Este es el sentido de iniciativas como la de Intermón Oxfam, Greenpeace y Amnistía Internacional, que han reclamado al gobierno saliente de las urnas el 14 de marzo compromisos efectivos con los derechos humanos, el respeto ambiental y la lucha contra la pobreza. La oportunidad de unirse a estas iniciativas amplía las posibilidades participativas de las elecciones y contribuye a darles sentido.

De esta forma, las elecciones pueden significar un compromiso entre representantes y representados, que tienen continuidad en el atento y exigente seguimiento de las políticas que se realizan. Porque la democracia es mucho más que votar: es una forma de organizarse y funcionar las sociedades por la que todas las personas participan en las decisiones que les afectan.

Democracia y ciudadanía

Democracia y ciudadanía



El concepto y la práctica de la democracia, en nuestra tradición cultural, nacen en las ciudades-estado de la Grecia clásica, que nos ha legado incluso la terminología. *Democracia* viene de dos palabras que significan, respectivamente, pueblo (demos) y soberanía, poder (krotos); *política* hace referencia al ámbito donde se desarrollaba este régimen, la ciudad (polis). Las palabras tienen su importancia, puesto que ellas encierran lo que, en el transcurso del tiempo, ha evolucionado hasta el estado actual de la democracia, que dista mucho de haber agotado todas sus posibilidades.

En la Grecia clásica no todos podían participar en el gobierno de la ciudad; mujeres, niños, esclavos quedaban excluidos. De hecho, el término que designa al pueblo significa el conjunto

de ciudadanos libres, quienes eran sujeto político. La Roma imperial distingue entre quienes son **sujetos políticos** y quienes **están sujetos** a la autoridad del Imperio. Los primeros, ciudadanos romanos, son al principio los habitantes libres de la ciudad (Roma); más tarde el derecho de ciudadanía se va concediendo a otros territorios del Imperio. El concepto, sin embargo, no cambia: quienes no son ciudadanos son esclavos (dentro de las fronteras) o bárbaros (fuera de las fronteras), cuyo nombre es una onomatopeya que reproduce el sonido ininteligible que su habla representaba para los oídos de los civilizados romanos.

Democracia, participación y ciudadanía son tres términos íntimamente ligados desde el principio.

La ciudadanía, un concepto en evolución

La ciudadanía, un concepto en evolución



La democracia no se reduce al conjunto de normas y ritos que caracterizan un régimen político. Es una forma de organizarse, de construir juntos, de convivir los seres humanos de acuerdo con los rasgos que les son propios: libertad, responsabilidad, autonomía, igualdad. Por lo tanto, es algo que se construye. Puede decirse que la democracia es la meta y, sobretudo, el camino: se participa tomando parte en la construcción y gestión del bien común.

Llegar a la actual noción de ciudadanía también ha sido un largo proceso, a veces doloroso, y no siempre lineal y ascendente porque también el concepto se va construyendo a medida que se ejercita. Un proceso que conduce de la ciudadanía exclusiva –distingue a quien es ciudadano de quien no lo es– hacia una concepción inclusiva.

De las democracias griega y romana, en las que no era una condición inherente a cualquier habitante, a la Revolución Francesa, pasando por la sociedad estamental de la Edad Media de súbditos y señores, hay un paso muy significativo. El pueblo pasa de súbdito a ciudadano, no en el sentido de las polis griegas, sino en el contrario: no es que se considere pueblo al conjunto de ciudadanos libres, sino que el pueblo todo es un conjunto de ciudadanos libres (al menos en principio y en masculino: las mujeres siguen excluidas).

Desde entonces, se han ido ensanchando los límites de la ciudadanía, en un proceso de universalización, en todos los sentidos.

Una ciudad como un mundo



En estos tiempos de globalización, la tarea es globalizar la democracia, construir una ciudadanía universal: todos los seres humanos somos sujetos; participar es construir una "ciudad global", cuya "constitución", al menos en principio, podría ser la Declaración Universal de los DD.HH. Esta ciudadanía cosmopolita (una ciudad que es el mundo entero) es, por definición, inclusiva, de modo que **trabajar contra cualquier forma de exclusión es la forma elemental de participar en la construcción de la ciudad global.**

Si la ciudadanía excluyente se construye contra el otro, en la medida que marca quién está dentro y quién fuera, la ciudadanía global sólo puede construirse con el otro, **con todo otro.** No es ya que Hobbes y su "el hombre es un lobo para el hombre" haya pasado de moda, es que ni siquiera Kant y su concepción de la libertad ajena como límite de la propia sirve ya para esta ciudadanía global. Capella lo expresa con exactitud cuando señala que *"los otros desempeñan respecto de nuestra libertad una función distinta de la limitadora; justamente la contraria"*¹.

En este sentido, no parece que el modelo de convivencia más apropiado sea la competitividad; más bien habría que poner de moda la competencia (aptitud, solvencia), tan conveniente para cooperar con otros para alcanzar objetivos comunes. Mejor

dicho, para construir el **bien común**, que no es la suma de bienes particulares, ni el interés de grupo (que lleva a cualquier forma de corporativismo), sino lo que es bueno precisamente porque es común.

La democracia como proyecto compartido, tan cerca del concepto de bien común, es inseparable de la **responsabilidad** y del **compromiso** personal. *"Esta identificación de intereses entre individuo y bien común no nos viene dada, antes bien ha de ser construida desde la libertad, una libertad positiva, que conlleva responsabilidad solidaria y creativa"*².

La corresponsabilidad significa que se comparte con otros, y también que se responde ante otros. Es decir, no es una cuestión individual, de cada cual a solas con su conciencia, aunque sí personal, en cuanto se trata de una responsabilidad solidaria, real en la medida en que cada persona se compromete. Puesto que se trata de un proyecto compartido, es inseparable de una **ética democrática**, es decir, acorde con los valores propios de la ciudadanía y que está en la base de los comportamientos de los ciudadanos y las ciudadanas reales. Sin una y otra cosa, hablar de democracia será un formalismo, un discurso vacío.

Todo lo dicho plantea algunas preguntas acerca del modelo de desarrollo, de estilo de vida y de valores del mundo globalizado.

De consumidores a ciudadanos



Un obstáculo se alza en este camino, que consiste en convertir la "ciudad", espacio donde ejercer y disfrutar la ciudadanía, en un mercado. Tiene esto una implicación cívica y política muy importante: ya no somos ciudadanos y ciudadanas, sino consumidores, una nueva especie de protozoos, con aspecto humanoide, pero cuya vida consiste en tragar, en un amplio abanico de sentidos, incluidos los más coloquiales. Y abarcando no sólo los terrenos de lo material, puesto que el consumismo es un conjunto de comportamientos, hábitos y valores, un modelo de organización socioeconómica y de comportamiento individual, una ética e, incluso, una estética.

En una sociedad que con precisión se denomina "de consumo", consumir (o no consumir, o consumir de una determinada manera) es una forma de participar. Incluso podría decirse, en más de un sentido, que nuestra capacidad de consumir es lo que nos constituye en sujetos políticos, más allá de formalidades administrativas. Esto significa que el **poder ciudadano** se limita al **poder adquisitivo**, convertido en el poder relevante, pertinente, el que corresponde a la sociedad de consumo. Quien no tiene capacidad de acceder a los objetos de consumo no es nadie, es, literalmente insignificante; no tiene nada que hacer, no tiene nada que decir. Es invisible.

Se diría que en la sociedad de consumo la ciudadanía ha abdicado (sólo puede abdicar el soberano) a favor del mercado, auténtico detentador de ciudadanía económica. "Esta ciudadanía económica –explica Saskia Sassen– no se imbrica en los ciudadanos, sino en las empresas y en los mercados, especialmente en los mercados financieros globales, y no se sitúa en los ciudadanos, sino en los agentes económicos globales. El hecho de ser globales otorga a estos agentes poder sobre los gobiernos individuales"³.

Decir el "mercado" es confundir los términos porque sería como responsabilizar a la naturaleza de los muertos en un terremoto (no a los gobernantes, a quienes planifican construir en lugares no apropiados, a quiénes construyen, etc.) con los mismos efectos: no se puede hacer nada contra eso. No es el mercado, sino quienes lo rigen, porque en este panorama de abdicaciones, votamos a quienes poco deciden y no votamos a quienes no conocemos, pero sí deciden.

Por eso, **un consumo crítico y articulado es una forma de participación política, de ejercicio de ciudadanía cosmopolita**, puesto que tiene, en este mundo globalizado, implicaciones globales: comercio justo, relaciones Norte-Sur, etc.

¹ Capella, Juan Ramón: *Los ciudadanos siervos*. Trotta. Madrid, 1993.

² OLLER, M. Dolores: *Ante una democracia de "baja intensidad". La democracia a construir*. Cuadernos CiJ, nº 56. Barcelona, 1994.

³ Sassen, Saskia: *¿Perdiendo el control?. La soberanía en la era de la globalización*. Ed. Bellaterra. Barcelona, 2001. Pág. 55.

Obstáculos para la democracia y la participación

Obstáculos para la democracia y la participación



La construcción de una sociedad de ciudadanos encuentra obstáculos importantes tanto en las condiciones en que se desarrolla como en los propios sujetos, que a veces renunciamos a nuestras responsabilidades. En realidad, distinguir entre dos terrenos es sólo una cuestión metodológica porque lo cierto es que ambos se abonan: unas condiciones desfavorables fomentan sujetos dimisionarios, y una ciudadanía que se desentiende sostiene un panorama poco participativo.

Los obstáculos están muy relacionados con la cuestión de los valores: se han impuesto los valores del mercado, bastante contrarios a los de la democracia: competitividad frente a solidaridad y cooperación; gratuidad frente a interés individual. La ciudadanía es un asunto de derechos y –casi más– de responsabilidades, que en realidad son ejercicio y disfrute de poder y de derechos. Capella sostiene que los ciudadanos siervos (términos contradictorios) son los sujetos de derechos sin poder. El poder (ciudadano) nos lo quitan y lo abandonamos: en eso pueden resumirse los obstáculos para la democracia.

De las condiciones objetivas

- Las **desigualdades reales** y efectivas que contradicen la igualdad que proclama el discurso: no son posibles las relaciones de igualdad entre quienes están en posiciones desequilibradas respecto a poder, acceso a recursos, conocimientos, etc.
- La **falta de mecanismos** que garanticen cauces efectivos de participación. Votar es una forma de expresar opiniones y preferencia, pero existen muchas otras, o hay que inventarlas, para que las opiniones y preferencias de todas las personas influyan realmente en los asuntos que son de todos.
- **Nuevas formas de dominio**, de control de la población, en las que funcionan con eficacia los "medios de creación de

sentimientos de carencia" (publicidad, en sentido muy amplio): de la prohibición a pensar distinto al pensamiento único. Existen formas más sutiles de limitar la libertad que la censura, que tienen que ver con coartar los puntos de vista y presentar la variedad y la diferencia como un problema.

De los sujetos

- **Absentismo** en las cosas que nos atañen, que son todas las que tienen que ver con el bien común. Esto significa reducirse al estricto terreno de lo privado en lo que se refiere a la acción; no invertir tiempo, recursos de cualquier tipo, imaginación y medios en lo que es común.
- **Ignorancia** de lo que ocurre en un espacio del que somos responsables. Las nuevas formas de dominio de mentes y conciencias encuentran abonado terreno en una población que, literalmente, se desentiende del espacio público, cada vez más borrado e invadido por asuntos privados, incluso íntimos, que sólo deberían interesar a los protagonistas, como queda bien claro en la programación de las cadenas de televisión y los índices de audiencia. En un mundo en el que sobreabunda la información, somos responsables de cómo alimentamos el pensamiento, de qué fuentes nos informamos, porque una determinada manera de pensar conduce a una determinada forma de actuar.
- **Indiferencia**, porque la **sensibilidad** también se educa. Tenemos los sentidos más o menos despiertos para según qué cosas, dependiendo, sobretodo, de los ámbitos en que nos movemos, de qué y quiénes nos son cercanos o ajenos. Aquí radican en gran medida todas las formas de desentendimiento de la corresponsabilidad como ciudadanos y ciudadanas. Como señala un proverbio árabe, "quien quiere hacer algo, encuentra un medio. Quien no quiere hacer nada, encuentra una excusa".

Ámbitos de participación

Ámbitos de participación



"La ciudadanía –escriben Herrera y Rodríguez– es la posibilidad y la capacidad de construir y usar medios democráticos para ejercer la libertad en diferentes contextos espaciales." No puede reducirse la democracia a los márgenes del terreno político –siendo éste muy importante– ni al somero acto de votar periódicamente. No es posible ir por la vida de ciudadano o ciudadana, y desentenderse de los demás ámbitos. En definitiva, estamos hablando de un modo de proceder que

"permite que todos tengan poder sin que nadie sea dominado"⁴. La respuesta a la pregunta sobre en qué ámbitos ha de participarse democráticamente es sencilla: todos. Eso sí, a condición de saber distinguir unos de otros y establecer reglas de juego apropiadas. En todo caso, si participar es responsabilizarse, nada puede quedar al margen: familia, grupos de amigos, grupos de pertenencia, centro académico, trabajo, etc.

⁴ Aguilar, T. y Caballero, A. (ed.): *Campos de juego de la ciudadanía*. El Viejo Topo. Barcelona, 2003. Pág. 50.

La ciudadanía se aprende

La ciudadanía se aprende



La ciudadanía es un proceso, lo que significa, por una parte, que sus exigencias no son invariables en el tiempo sino que van aumentando progresivamente; por otra, que hay que aprender a ejercitarla, precisamente ejercitándola.

La educación ciudadana abarca todos los terrenos: el de las **percepciones y valoraciones**, que se verifican en nuestras **acciones**.

Se aprende, como bien dice Adela Cortina, "por degustación. Ayudar a cultivar las facultades (intelectuales y *sentientes*) necesarias para degustar los valores ciudadanos es educar en la ciudadanía local y universal"⁵.

Requiere, pues, un **entorno** y unas **estructuras**, sino plenamente participativas, en proceso de serlo.

Requiere unos **métodos** participativos porque de lo contrario será imposible la "degustación".

Significa, por supuesto, el aprendizaje de metodologías y procedimientos, pero, sobretudo, significa la degustación de unos valores que son las piedras angulares de la ciudadanía, y que a su vez son fruto del largo proceso de aprendizaje de la sociedad:

- **Libertad**, en todos los sentidos: participación en los asuntos públicos, independencia y autonomía para tener criterios propios y poder regirse por ellos (moral autónoma).
- **Igualdad** de derechos, de oportunidades, de prestaciones y, sobretudo, de dignidad no mermada por diferencias de ningún tipo.
- **Respeto**, que es un valor activo, una manera de relacionarse interpersonal y socialmente, más allá de la pasiva tolerancia que vive y deja vivir, sin comprometerse con el otro.
- **Solidaridad**, no en sentido restrictivo que se traduce en corporativismo, sino entendida como "hacer cuerpo" con otros, comprometerse en el proyecto común que, en una ciudadanía cosmopolita, es el bien común y no conoce exclusiones.
- **Diálogo**, que es el modo de relación que corresponde a una sociedad democrática de iguales: la búsqueda cooperativa de lo verdadero y lo justo.
- **Resistencia**, virtud cívica por excelencia, que es lo contrario de someterse: oponerse a los poderes abusivos con métodos no-violentos, negándoles todo apoyo y colaboración.

¿Un mundo feliz?

La novela *Un mundo feliz* (Aldous Huxley) retrata cómo sería una sociedad sin conflictos: personas adaptadas, de deseos, pensamientos y acciones uniformes y controladas. El conflicto no goza de buena prensa porque a menudo se confunde con la violencia, aunque no tiene nada que ver. El conflicto es connatural a los seres humanos, puesto que puede definirse como la interacción de personas o grupos sociales que tienen objetivos incompatibles o percibidos como incompatibles. Y si algún rasgo comparten los seres humanos es la variedad.

Demasiado a menudo la respuesta es la violencia, que no sólo es inmoral, sino inútil, si lo que se quiere es resolver, o al menos gestionar, conflictos. Con medios violentos no se persigue resolverlos, sino anularlos haciendo desaparecer al contrario.

Hay, sin embargo, otras formas de afrontarlos, conceptual y prácticamente, que aprovechan su enorme utilidad "para potenciar y dar sentido a un modelo de ciudadanía activo y emancipador", y que significan "recuperar el conflicto como un lugar de construcción pública de la ciudadanía". (Pedro Sáez)⁶.

A no considerar ni afrontar los conflictos de forma negativa también se aprende (en primer lugar, desandando el camino recorrido durante siglos en sentido contrario). Existen métodos (toma de decisiones, negociación, construcción de consensos, mediación,...) y muchas iniciativas en marcha. Apoyarlas, alimentarlas, difundirlas, empujarlas son formas recomendables de contribuir a construir una nueva ciudadanía, un modelo de convivencia, de relaciones interpersonales, económicas, sociales y políticas, cooperativas y no competitivas, sin excluidos ni mecanismos de exclusión. Es decir, de gente que decide, negocia y acuerda, no que se somete o domina.

⁵ Cortina, A.: *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*. Alianza. Madrid, 1977.

⁶ Aguilar, T. y Caballero, A. (ed.): *Campos de juego de la ciudadanía*. El Viejo Topo. Barcelona, 2003. Pág. 50.

La campaña contra la deuda externa, un ejercicio de participación

La deuda externa era un asunto de economistas y de las secciones de economía de los medios de comunicación. A partir de la segunda mitad de la década de los 90 empezó a formar parte del vocabulario de mucha gente corriente. ¿Qué ocurrió? Que un creciente número de personas y colectivos se movilizaron por un problema que no era de especialistas en economía, sino de muchos millones de personas, sobretodo en los países empobrecidos.

Varias iniciativas confluyeron en informar y movilizar a la opinión pública sobre un problema que repercute directamente en la calidad de vida de las poblaciones y en sus perspectivas de futuro. Estas campañas, realizadas en el Estado español, están desde el principio vinculadas con las de otros países, en una perfecta correspondencia de trabajo local con perspectiva global. Las campañas se esforzaron por **informar** de la naturaleza y la gravedad del problema, así como de las estrechas relaciones que tiene con la ciudadanía de a pie, puesto que su solución -o su agravamiento- depende de decisiones de los políticos elegidos en nuestras urnas.

Tras la información, la **movilización**, ofreciendo posibilidades de acción, que muestran a gobernantes y legisladores la voluntad de la población que representan, y que tuvieron su punto culminante en España en la celebración de una consulta popular convocada por la RCADE⁷, el 12 de marzo de 2000, en la que participaron 1.100.000 personas. En todo el mundo, casi 25 millones de personas firmaron contra la deuda. Tres años después de comenzar este inmenso movimiento se habían movilizado unos 60 millones de personas.

Estas campañas son una expresiva muestra de democracia global y participación ciudadana: han contribuido a que formen parte de las preocupaciones cotidianas de una considerable parte de los habitantes de los países ricos un problema hasta entonces considerado ajeno, precisamente practicando la democracia en su sentido más genuino; es decir, ejerciendo la participación y la responsabilidad. Además, enmarcado el problema en las actuales relaciones Norte-Sur, las campañas por la condonación de la deuda externa han despertado una notable conciencia social respecto a las injustas relaciones entre países.

El impulso no ha muerto en el estricto plazo de las campañas, demostrando que a participar se aprende participando. Ha quedado como fruto un considerable número de personas y colectivos sensibilizados sobre cuestiones relacionadas con la deuda, y que van más allá; que tiene que ver, en último término, con las responsabilidades y las posibilidades de una ciudadanía global. “La incidencia pública y política alcanzada –escribe Jaime Atienza– supone, en todo caso, una llamada de atención sobre el papel que le cabe jugar a la ciudadanía en las decisiones políticas; por crítica que sea la visión que se tenga sobre la presente democracia mediática en los países ricos, se han encontrado resquicios que con trabajo, insistencia y una acción masiva y concertada, pueden rendir frutos a la hora de influir sobre aquellos que toman las decisiones políticas.”⁸

www.observatoriodeuda.org

⁷ RCADE, Red ciudadana por la abolición de la deuda externa.

⁸ Atienza, J.: *La deuda externa del mundo en desarrollo*. Akal. Madrid, 2002.

Para saber más... Para saber más...

Libros y folletos

El proceso de globalización mundial. Hacia la ciudadanía global.

ARANGUREN, Luis A. y otros
Doc. Intermón. Barcelona, 2000.

Ciudadanos del mundo.

CORTINA, Adela
Alianza Editorial. Madrid, 1997.

Ante una democracia de "baja intensidad". La democracia a construir.

OLLER, M. Dolores
Cuadernos CiJ, nº 56. Barcelona, 1994.

Un futuro para la democracia. Una democracia para la gobernabilidad mundial.

OLLER, M. Dolores
Cuadernos CiJ. Nº 115. Barcelona, 2002.

El bien común. Elogio de la solidaridad.

PETRELLA, Ricardo
Debate. Madrid, 1997.

Educar en y para los Derechos Humanos.

SEMINARIO DE EDUCACIÓN PARA LA PAZ
Los libros de la Catarata. Madrid, 1996.

Películas: Películas:

La estrategia del caracol. Sergio Cabrera. Colombia, 1994. 107 min.

Esta tierra es mía. Jean Renoir. Estados Unidos, 1943. 103 min.

El gran dictador. Charles Chaplin. Estados Unidos, 1940. 124 min.

Kirikú y la bruja. Michel Ocelot. Francia-Bélgica-Luxemburgo, 1998. 71 min. Animación.

HormigaZ. Eric Darnell y Tim Jonson. Estados Unidos, 1998. 83 min. Animación.

Páginas web: Páginas web:


www.pangea.org

www.nodo50.org

www.attac.org

www.forumsocialmundial.org.br

www.bcn.es/encontreciutada/castellano/index.htm



Visita nuestra web
y descarga el
¡¡global express!!

www.IntermonOxfam.org/educar/global

Global Express pretende generar preguntas entre los alumnos y las alumnas sobre lo que cuentan los medios de comunicación. Se trata de promover una visión crítica de la realidad que les permita comprender el estado del mundo y, en especial, la situación del mundo en desarrollo.

Global Express es una iniciativa de: Centrum voor Mondiaal Onderwijs (Holanda), Curriculum Development Unit (Irlanda), Centro Educazione Mondialità (Italia) e Intermón Oxfam (España).
Global Express está financiado por la AECl